

Teniendo más afición á la paz que á la guerra, supo renunciar de buen grado á los excesos del vino, vicio de que Cubilay habia procurado en vano corregirle. Murió sin hijos, y las intrigas de su viuda en favor de Ananda, no tuvieron otro resultado que costar la vida á sus parciales, en atencion á que Kaischan (Vu-tsung) fué proclamado emperador (1306). Poco tenemos que decir de este príncipe, sino que hizo divulgar una obra de Confucio, traducida al mongol, sobre la obediencia fiscal, y que mandó á un lama traducir al mismo

idioma la mayor parte de los libros budistas. Ordenó que todo el que golpease á un lama perderia una mano y que se cortaria la lengua al que hablase mal de ellos (1311-20), lo cual aumentó excesivamente su arrogancia. Murió jóven y tuvo por sucesor á su hermano Ayur-Balibatra, que fué amigo de las letras (1323), y á quien sucedieron Suda-Bala é Yssun Temur.

Pero habiéndose hecho ya chino el imperio mongol, debemos fijar ahora nuestra atencion sobre la China.

CAPÍTULO XIV

CHINA

DINASTIAS XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX.—MARCO POLO.

Se llama *pequeñas dinastías* á las cinco de los Liang, de los Tang, de los Tsin, de los Han y de los Cheu *posteriores*, que reinaron en China desde 907 á 960: época funesta de guerras civiles por las cuales se sucedian unos á otros los reinantes, cuya dominacion duraba bastante para ejercer persecuciones y la tirania, pero no para hacer el bien del pueblo. El aventurero turco que habia fundado la dinastia de los Liang *posteriores* (1), esterminó los restos de la familia destronada (914); pero los torrentes de sangre que derramó, no le impidieron caer asesinado bajo el puñal de su hijo. Aquí sigue una série de usurpadores, que combatidos en lo interior por los eunucos y en lo exterior por los tártaros que recorrían el país, no tuvieron seguridad hasta Tait-su III (960). Comenzó éste la décimanona dinastia, cuyos emperadores residieron en las provincias septentrionales, sin duda para estar más dispuestos á oponerse á los tártaros, y el afirmarse esta dinastia, proporcionó algun descañso al imperio y substituyó el reinado de la ley á la anarquía.

Tai-tsu, hábil en la guerra y en la administracion (976), ordenó que las cuatro puertas de su palacio estuvieran siempre abiertas, «como su corazon lo estaba á todos sus súbditos.» Durante un invierno riguroso, pensando cuánto sufrirían aquellos de sus súbditos que hacían la guerra en el Norte, envió su propia pelliza al general, espresando el sentimiento de no poder enviar una á cada soldado. Asediando á Nan-king, preocupado con el deseo de evitar las matanzas que acompañan comunmente á la toma de las ciudades, fingió estar enfermo; y habiendo acudido sus oficiales á visitarle, les dijo: *El remedio más seguro depende*

(1) Véase t. IV, pág. 471.

de vosotros: juradme que no derramareis la sangre de los ciudadanos. Luego que prestaron el juramento, volvió á aparecer con cabal salud. A pesar de estas precauciones no pudo impedir que hubiera algunas víctimas, por lo cual hizo estas exclamaciones: *¡Cuán triste necesidad es la guerra, en que siempre hay que derramar sangre inocente!* Y añadió: *La vida del hombre es el mayor tesoro que existe bajo el cielo, y nunca se consagra bastante cuidado para impedir que se le arrebaté á quien quiera que sea, cuando no lo exigen absolutamente la necesidad y las leyes.* En su consecuencia, prohibió á los gobernadores de las provincias y á los magistrados particulares enviar á nadie al suplicio antes de que la sentencia fuera revisada por el tribunal supremo y sometida al emperador.

Quiso que los ascensos en la carrera militar no se alcanzaran, como en la carrera civil, más que á consecuencia de un certámen, y que todo oficial tuviera que dar pruebas de conocimientos teóricos y prácticos en el arte de la guerra. Rehabilitó el crédito de Confucio y protegió á los letrados, á quienes acogía con benevolencia cuando tenían que pedirle algo, y á quienes interrogaba sobre los *Kings*: y consultado uno de ellos por él acerca del mejor modo de guiar y de dirigir á los demás, le respondió: *Para mejorar un imperio, nada hay tan provechoso como amar al pueblo: para mejorarse á sí mismo, nada hay tan útil como reprimir sus pasiones.* Estas máximas agradaron tanto á Tait-su, que quiso tenerlas de continuo á la vista. Creó empleos lucrativos y honoríficos para los letrados, reunió una biblioteca de ochenta mil volúmenes, reorganizó los antiguos colegios, instituyó otros nuevos, cada uno con un salon lleno de retratos de personajes ilustres, y él mismo asistía algunas veces á las lecciones. Así hizo que tornaran á florecer las letras, las cuales vinieron á trazar el

camino de las riquezas y de los honores. Aunque no siempre fué afortunado en sus guerras, pudo á lo menos repeler á los tártaros. La aparición de un cometa le indujo á disminuir los impuestos; y por medio de una proclama invitó á cada uno de sus súbditos á advertirle de las faltas por las cuales habia podido merecer las plagas con que aquel astro amenazaba al imperio.

Chin-tsung mandó reimprimir los antiguos libros y buscar obras desconocidas ó preciosas (998). El encabezamiento de la poblacion agrícola hecho en 1013 produjo veinte y un millones novecientos setenta y seis mil doscientos sesenta y cinco individuos que pagaban el tributo en especie, sin contar las mujeres y los menores de veinte años. Prefirió á la guerra los tratados, y se obligó á pagar anualmente á los tártaros kitanos 100,000 onzas de plata y 200,000 piezas de tela.

Yin-sung, su sexto hijo y sucesor, fué gobernado en un principio por su madre y después por su esposa (1023); y cuidando sólo de conservar la paz aumentaba el tributo pagado á los kitanos, que tomaban ocasion de ésto para hacerle la guerra. Por lo demás, lleno de compasion hácia sus súbditos, abrumados de padecimientos, favoreció las letras y aumentó el número de los colegios, y arregló sus exámenes y disciplina. Queriendo conocer entre sus súbditos los que eran más capaces de administrar bien el pueblo, reunió en su palacio á los letrados de mayor nombradía, y les mandó escribir en su presencia los nombres de los que juzgaran más dignos de los empleos públicos, con el pensamiento de libertarse así de los peligros de la corrupcion y del favoritismo. La bondad del emperador dió osadía á los letrados, quienes formando entre sí una compacta liga, no tenían reparo en burlarse de los grandes y dirigirles sátiras. Cuando se les acusó delante del emperador por esto como de un delito, dijo á sus ministros: «A menudo he oído hablar de facciones formadas por gentes de baja estofa, que carecen de virtud y de mérito; pero las personas ilustres que ocupan empleos y poseen mérito y virtud, no se ocupan en semejantes manejos.»

Uno de aquellos letrados, más particularmente acusado, se disculpó de este modo: «Príncipe, se ha querido confundir en todo tiempo las asociaciones honradas y útiles con los conciliábulos indignos y peligrosos; propenden las primeras á la virtud y al bien público; fúndanse sólo en el interés los otros y cuando el interés ya no existe, los asociados se abandonan y hasta se hacen traicion mutuamente. No sucede así con aquellas que teniendo un fin elevado, se proponen guardar invariablemente las reglas de la más recta razon y de la equidad más rigurosa. Su práctica es la rectitud y la fidelidad; no tienen más miedo que el de perder su reputacion: propenden á mejorar y perfeccionar al individuo, identificándose para esto con la recta razon y sosteniéndose unos á otros. Cuando se trata de servir al Estado, unen

sus corazones y se dirigen de comun acuerdo á donde pueden ser útiles. Tal es la asociacion de los hombres honorables, tales son las funciones que forman... El *Chu-king* dice: El tirano Cheu-sin tenia bajo su autoridad millones de personas; pero tantos hombres, tantos corazones. Wu-uang, cuando iba á la pelea, apenas llevaba consigo treinta mil hombres; pero no tenían todos más que una alma. Bajo el tirano Cheu-sin no habia union ni inteligencia: así pereció y perdió el imperio. Wu-uang fué deudor de sus venturosos triunfos á los pretendidos conciliábulos. En el tiempo de los últimos Han, bajo pretexto de partidos y de conspiraciones, fueron buscados, presos y encarcelados los letrados de más nota. Sobrevino la revolucion de los gorros amarillos; y aquellos cuyo celo y prudencia hubieran podido prevenir el mal ó remediarlo, estaban en las cárceles, lo cual fué causa de que decayese el imperio. Reconoció su falta la corte, y arrepentida puso en libertad á los pretendidos conspiradores; pero era ya demasiado tarde, y no se pudo reparar el daño. Acusaciones semejantes fueron dirigidas á fines de la dinastia de los Tang; y Chao-tsung envió al suplicio por estas á célebres doctores: personas de mérito fueron arrojadas al rio Amarillo, diciendo que era preciso dar de beber de su agua fangosa á los que se vanagloriaban de estar puros y sin mancha: la consecuencia fué la ruina de aquella dinastia...»

Sse-ma-kuang, 1018-86.—En tiempo de este emperador floreció el gran político Sse-ma-kuang, gobernador de la capital del Honan, luego censor público é historiógrafo de palacio. Su franqueza en decir la verdad y las esposiciones aun famosas que redactó como censor, le dañaron para con los sucesores de Yin-tsung; retiróse, pues, de la corte para consagrarse de lleno á su gran tarea, que debia abarcar las acciones de los príncipes y de los súbditos, y cuanto podia aprovechar á un gobierno equitativo. A este fin recogió todos los materiales que pudo proporcionarse, comparando las opiniones, rectificando los errores, esclareciendo las dudas, y compuso el *Espejo universal para los que gobiernan*, historia de las diferentes dinastias, á contar desde los primeros Cheu hasta la que reinaba entonces (2).

Mencio y Confucio eran los autores más estimados de los letrados, al par que Lao-seu era el ídolo de los tao-see. Ahora bien, entonces surgió una nueva filosofía que se podria llamar filosofía de la naturaleza, atendido que propendia á explicar las leyes y á interpretar el lenguaje de ella: hasta pareció á algunos manchada de ateísmo. Chen-lien-ki fué el que la promovió (1064); sus prosélitos alcanzaron del emperador Yin-tsung honores y empleos. Wang-an-schi, ministro de Estado, les protegía y colmaba de favores, con el pensamiento de una reforma, lo cual les suscitó una

(2) Véase t. II, pág. 273.

oposicion enérgica por parte del historiador Sse-ma-kuang. El primero queria trasformarlo y regenerarlo todo; el otro suscitaba de continuo la memoria de las tradiciones antiguas y de los ejemplos de lo pasado, de que se servia para apoyar no menos las instituciones útiles que las rancias preocupaciones. Epidemias, terremotos, sequias, desolaban al pais, y los censores invitaron al emperador, segun costumbre, á examinar su conducta y á reformar su método de vida (1069); lo cual hizo abandonando el placer de la música, del paseo y de las diversiones. Desaprobólo Wang-an-schi, quien le dijo: «Las calamidades presentes provienen de cosas fijas, inmutables, y que no tienen conexion alguna con las obras de los hombres. ¿Esperais cambiar el curso ordinario de las cosas, ó pretendéis que la naturaleza se imponga otras leyes?» Al oír estas palabras, exclamó Sse-ma-kuang: «¡Desgraciados príncipes aquellos á cuyos oídos se murmuran máximas semejantes! Si se les quita el miedo al cielo, ¿qué freno queda para impedir sus excesos? Soberanos de todo, pudiendo hacer impunemente lo que sea de su agrado, se abandonarán sin remordimiento á todos sus caprichos, y ya no tendrán medio de hacer que vuelvan á la senda del deber sus más afectos servidores.»

Wang-an-schi se aprovechó de la confianza que el emperador tenia en él para introducir nuevas leyes y costumbres. Segun su sistema, el primer deber de un soberano, el más esencial, es amar á su pueblo de manera que se le proporcione abundancia y contentamiento, ventajas reales de la existencia. A este fin bastaria inculcar las inviolables máximas de la rectitud á todos; pero como no de todos se puede esperar su rígida observancia, el príncipe debe atender á ello con cordura. En su consecuencia restableció los tribunales de policia instituidos por los Cheu, que inspeccionando la compra y venta de los objetos usuales, determinaban su precio dia por dia, imponian tributos sólo á las personas ricas, y reunian su producto á los ahorros hechos por el príncipe, para alimentar á los ancianos, á los pobres y á los jornaleros sin trabajo. Otros oficiales estaban encargados de repartir los terrenos baldios entre los agricultores, facilitándoles granos para la siembra, bajo la condicion de restituir en especie los adelantos que se les hacian. Estos magistrados designaban el género de cultivo que era más propio de cada terreno, medida que seria desastrosa y homicida bajo otro gobierno menos pueril que el de la China, en que todo estaba reservado á la razon pública, y nada al buen sentido privado.

En cada ciudad establecieron bancos para la recaudacion de los impuestos reales, cuyas cuotas estaban en proporcion con la abundancia ó escasez de la cosecha. Todos podian acuñar moneda, y hasta cambiar su legítimo peso, lo cual hacia variar hasta lo infinito la especie y el valor, hasta que Wang-an-schi fijó su valor y su figura, insti-

tuyendo en cada distrito un tribunal, á quien pertenecia el derecho de hacerla acuñar en proporcion que se necesitara. Suscitó muchas más quejas y odios con las innovaciones que quiso introducir en la clase de los letrados, cambiando la forma ordinaria de los exámenes para los diferentes grados, imponiendo la obligacion de explicar los *King*, segun los comentarios de que era autor, y de interpretar los caracteres conforme á su *Diccionario universal*. Aunque los doctores hicieron muchas reclamaciones, Ching-sung conservó toda su vida su apoyo al ministro.

En tiempo de sus débiles y supersticiosos sucesores, los tártaros Chu-ché (pág. 52), después de haber vencido á los kitanos, fundaron al nordeste de la China el imperio de King (1115). No tardó Tai-tsung, tronco de esta dinastia, en enemistarse con el imperio inmediato y ocupó las provincias septentrionales de Pe-chi-li y de Chen-si. Habiéndose aumentado posteriormente, extendieron sus conquistas y tomaron alguna vez hasta la capital (1126); incendiaron á Nan-king (1161), y en tiempo de Ning-tsung amenazaron más que nunca al Imperio. Entonces el hijo del cielo recurrió á los mongoles, que acababan de aparecer apenas (1194), aunque ya tan formidables, que á la noticia de su marcha el jefe de los Kin, envió inmediatamente á Ning-tsung un comisionado que le ofreciera la paz. Habiéndola éste rehusado, exclamó: *Los tártaros occidentales me arrebatan hoy mi imperio; mañana os arrebatarán el vuestro.*

Con efecto, Gengis-kan, esperando el apoyo de los kitanos, poco resignados á la sumision, después de haber invocado á la divinidad sobre una alta montaña con la túnica flotante, se puso en marcha acompañado de sus cuatro hijos, á la cabeza de un ejército bien disciplinado y lleno de confianza en su valor. Cruzó el desierto de Cobi, y en breve avasalló el imperio de los Kin (1213), de donde cogió un inmenso botín en tejidos de oro y de seda, en rebaños, en caballos y en hombres. Pero deteniéndose en medio de sus triunfos, otorgó la paz á aquel emperador, recibiendo entre el número de sus mujeres una princesa de real estirpe, con ricos presentes, entre otros, quinientos mancebos, otras tantas doncellas y tres mil caballos. Luego que cruzó las fronteras mandó degollar á sus numerosos prisioneros; después retrocedió camino, y antes de que los diferentes príncipes tuvieran tiempo de ponerse de acuerdo, los venció uno á uno. Asaltó en persona el Tangut, entrándole todo á sangre y fuego (1226). Sus generales le sugerian matar hasta el último de los habitantes de que no podia sacar ningun servicio, para reducir el pais á pastos. Pero Ye-liu-cu-tsai les demostró como sin trabajo se podia sacar de un pais fértil y de habitantes industriosos un tributo de quinientas mil onzas de plata, de ochenta mil piezas de tela de seda, y de cuatrocientos mil sacos de grano. Habiendo enviado el rey de los Kin un gran vaso lleno de perlas, Gengis-kan se las dis-